

LA ENFERMEDAD TERMINAL

Yo sé que mi mal no tiene remedio, no necesito para saberlo recurrir a los médicos, sólo necesito asomarme al espejo para comprobar el diagnóstico que yo mismo me hice. No tiene importancia decir que soy médico, cualquier persona que me vea puede hacer otro tanto, es más, con toda crueldad y hasta de un modo irónico dos o tres personas ya me lo han dicho. Yo, con toda sinceridad, puedo decir que a ellas siempre las he respetado y, sin falsa modestia, ayudado en más de una ocasión, por eso no entiendo el por qué se ceban en mí, por qué no respetan mi dolor y mi angustia. Dolor moral, ya que dolor físico no tengo, cosa que hubiera preferido. Día a día se agrava mi padecimiento. Un colega me recomendó la utilización de substitutos artificiales. Por principios muy arraigados en mí no acepté su consejo, él insistió diciendo que en esta época todo es permitido, que ya prácticamente todo nuestro organismo puede ser substituido por piezas de acrílico, plásticas o de traspasos: corazones, riñones, huesos, ojos, arterias. Quizá sea yo masoquista y prefiera ver como la enfermedad gana terreno día tras día, como la zona enferma que al principio era muy pequeña, cuando más de un centímetro de ancho, y a la que no le di ninguna importancia, se fue ampliando hasta ocupar la extensa área actual. Ya no me atrevo a asistir a reuniones sociales y si voy a mi trabajo sólo es por necesidad. Ni a mi peor enemigo le hubiera deseado algo parecido. No falta quien trate de consolarme diciendo que muchas personas están igual a mí, que antes o después lo tendría que padecer, que es hereditario. Sí, la muerte también tiene que llegar antes o después pero nadie la quiere. Este tipo de herencia muy bien podría haberle tocado a algunos de mis hermanos y no a mí solamente. Perdón, si no se lo deseo a algún enemigo menos puedo estar pensando en que la sufra un ser de mi propia sangre. Ya estoy divagando. Lo mejor será aceptar y enfrentar la realidad, decir a todos lo que tengo y lo que sufro por ello, puede servirme de catarsis, pero no puedo;

LA ENFERMEDAD TERMINAL

prefiero estar escondido, que nadie me vea; quizá con el tiempo lo pueda hacer. Hoy fue un día particularmente terrible, creo que el peor desde que comenzó esto. En mi peine quedaron veinte cabellos enredados. ¡Voy a quedar totalmente calvo antes de los treinta años!

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998